

SEVILLA

> SEVILLANOS QUE CUENTAN

OLGA BERTOMEU Psicólogo y sexólogo

Comunicadora y experta en Sociología, Bertomeu analiza el sexo de Sevilla así como las claves de comportamiento de los sevillanos haciendo además una radiografía a la sociedad contemporánea

«Las mujeres en Sevilla prefieren fregar sartenes antes que practicar sexo»

JUAN MIGUEL VEGA / Sevilla

Aunque por su acento no lo parece, llegó a Sevilla con nueve años. Desde entonces, Olga Bertomeu (Barcelona, 1943) lleva vividas varias vidas en ésta, su ciudad, cuyas entrañas conoce de manera literal. Como su padre se dedicaba al frío industrial, ella, acaso por la inconsciente rebeldía de los hijos, optó por asuntos más calientes. Se licenció en Filosofía y Letras y luego, casada y con tres hijos, formó parte de la primera promoción de la facultad de Psicología de Sevilla. Especializada en Sexología, además de tener abierta una consulta, desarrolla una tarea divulgativa en radio y televisión, donde ha colaborado con los comunicadores más importantes del país. Tiene publicados siete libros.

PREGUNTA — ¿Sevilla es



van a decir te quiero, nunca una mujer va a venir a besarme y abrazarme'. Y la verdad es que me he encontrado a prostitutas maravillosas, gente que no sólo da sexo, también da cariño. Yo conozco bien el tema de las prostitutas, porque he trabajado con ellas, y he conocido historias para llorar de lo hermosas que eran. No creo que la prostitución se acabe.

P.— ¿Ha habido hombres que pensarán que por su profesión usted era una mujer fácil?

R.— Sí. Y algunos de ellos políticos. Que si empezara a decirle nombres... La gente cree que con esto del sexo debo de ser una fiera y hago unas virguerías que no te veas.

P.— ¿En casa del herrero cuchara de palo?

R.— No, yo con mis cuatro reglas me avió muy bien.

P.— ¿Por qué no es usted feminista?

R.— Yo soy feminista. De las primeras que han existido. Lo que pasa es que yo voy más lejos. No soy feminista de quitarte tú que me pongo yo. En este planeta estamos hombres y mujeres y, nos guste o no, estamos obligados a llevarnos bien. Soy la más feminista porque llevo treinta años luchando por los derechos de la mujer, pero nunca le he pegado un codazo a un hombre.

RESPUESTA.—ES UN híbrido, con esas dualidades, Triana y la Macarena, el Betis y el Sevilla.... Incluso el hombre, si se fija, en algunas cosas es afeminado.

P.— ¿En ese hermafroditismo puede estar la clave de la endogamia sevillana?

R.— Perfectamente. Sevilla es como una especie de caracol que se autoreproduce.

P.— ¿Es frígida o promiscua?

R.— Es frígida, pero por sus adornos parece todo lo contrario. Pasa como con las prostitutas. Aparenta, con pinturas, con arquitectura efímera, las casetas de la Feria o la Semana Santa, pero dentro es más fría. La gente le dice: 'vente a mi casa', 'éste es amigo mío', pero luego la gente es muy suya. Sevilla es muy fría.

P.— Usted empezó en la sexología cuando en Sevilla todavía monopolizaba ese mercado el exótico doctor Kopoboru.

R.— Huy, aquel señor era un bestia y no me importa decirlo, porque ya lo tengo publicado en un libro. Lo que no hizo la comisión deontológica del Colegio de Médicos, lo hizo la naturaleza llevándose al otro mundo, porque cometió muchas barbaridades. Para tratar las cuestiones sexuales hay que tener una ética muy especial. A un sexólogo es raro que alguien pueda demandarlo por haberle tomado el pelo, porque nadie va a hacer públicos sus problemas sexuales, y de eso hay mucha gente que se aprovecha. Tanto Kopoboru como su viuda fueron unas malas personas que hicieron mucho daño.

P.— ¿Hay profesionales de su ramo que se aprovechan para obtener favores sexuales de sus pacientes?

R.— Está a la orden del día. Y es abominable. Sexólogos, psicólogos,

médicos... Por lo menos una vez a mes veo un caso de un profesional que se ha propasado con un paciente. Incluso lo hacen mujeres. He conocido el caso de un chaval que creía que era homosexual, fue a una doctora y ésta se acostó con él para demostrarle que no lo era. El chaval se ha enganchado, se ha enamorado de ella, y ella no quiere nada con él. Y no se puede imaginar la de casos que he visto de mujeres a las que les ha metido mano un sexólogo.

P.— ¿Qué descubre al recorrer la última cortina que oculta la intimidad de los sevillanos?

R.— Es curioso, porque aquí es donde más ruido se hace del sexo. La gente juega con las palabras y

«Sevilla es una ciudad frígida, pero por sus adornos parece todo lo contrario»

con las actitudes. Ese desparpajo, esa picardía inocente que hay aquí, no existe en ningún otro lugar de España. Sin embargo, sí que se nota la represión. A la hora de la intimidad hay mucho más recato que en los momentos de expresarse en público y de hacer bromas. El pudor en la intimidad es mucho mayor que en público; aunque esto, por eso de los pendulazos, está cambiando en la juventud y no precisamente para bien.

P.— ¿Cuál es el principal problema sexual de los sevillanos?

R.— En la mujer, en general, la pereza de amar. Es el modo en que a mí me gusta referirme a lo que técnicamente se llama deseo sexual inhibido. La mujer puede amar y estar encantada con su pareja, admirarla, estar a gusto y hacer proyectos, pero no ve la manera de arrancar en la intimidad. No tiene ganas. Es como si hubiera sacado el sexo de agenda. Le ha servido para tener hijos y para seducir a su marido, pero cuando se llega a la convivencia y se tienen los hijos, es como si diera pereza. La mujer casi prefiere limpiar sartenes después de comer que tener intimidad. Eso, claro, forma parte de la educación de la mujer, que ha sido diferente de la del hombre.

P.— ¿Dice que eso está cambiando entre los jóvenes?

R.— Sí, el tiempo ahora no se valora. Los jóvenes siempre han sido urgentes, pero eso no quitaba que antes nos diéramos unos tiempos. El de la mirada, el tiempo de hacer manitas, el del primer beso, que era increíble. Y pasaban meses y meses hasta que podías hacer esas cosas con tu novio. Yo, personalmente, me casé virgen y mártir. Muy sobadita, eso sí. Todo menos meterla. Sin embargo, ahora vienen las niñas contando que lo hicieron con un chaval del que no recuerdan ni el nombre. Ni siquiera sienten porque ni ella ni él saben cómo hacerlo. Sólo quieren hacer algo que ven en las películas. Y tienen que hacerlo ya. Los ritos iniciáticos se han acabado.

P.— ¿La homosexualidad es una opción o una condición?

R.— Una condición, por la que se

opta en un determinado momento. Genética no es. Mi teoría particular es que durante la educación de los hijos hay un proceso de identificación con el padre o la madre. En función de eso se puede desarrollar la orientación sexual. Luego puede haber gente que quiera probarlo todo, porque esto también tiene que ver con un tipo de educación caprichosa. Sin embargo, la homosexualidad escapa a la voluntad del individuo. Nacemos como una tabla rasa, como si fuéramos bisexuales, y se pueden dar las dos tendencias en función de las circunstancias.

P.— ¿La prostitución se acabará alguna vez?

R.— Antes habría que acabar con

«Aquí hay una picardía que no existe en España, pero se nota la represión»

determinadas situaciones sociales y económicas. También tendrían que sentirse muy bien las parejas, tanto el hombre y la mujer. Porque yo conozco a mujeres casadas que aprovechan los viajes de su marido y pagan a jóvenes para tener sexo con ellos. Y hay hombres solos y mujeres solas. Hay muchas circunstancias que pueden hacer que haya personas que decidan hacer sexo profesionalmente. Van a hacer falta. Hay gente con parálisis cerebral, otras que me han dicho: 'Olga, nunca me

logo, en masculino?

R.— Es que yo, además, soy lingüista. Las aes no hacen lo femenino ni las oes lo masculino, por hay quien

cree que lo arregla todo poniendo una a por detrás. El lenguaje tiene que ser la expresión de una realidad. Yo les voy a decir a las feministas cómo se tienen que llamar ellas, pero sí les voy a decir que ellas me tienen que permitir que yo me llame como me dé la gana. Y si me autodenomino psicólogo, es porque llevo treinta años siéndolo. Eso de las médicas me suena más a las guerras que a una profesión. ¿Qué hacemos entonces con los periodistas? ¿Empezamos a llamarlos periodistas?

P.— ¿Está de acuerdo con que exista un ministerio de Igualdad o un Instituto de la Mujer?

R.— Todo eso debe estar en Asuntos Sociales. Yo me considero persona antes que mujer. Ser mujer es un modo biológico de ser persona. Y cada mujer es distinta de otra. Incluso somos distintas de nosotras mismas, porque evolucionamos. Yo me siento mucho más afín a algunos hombres que a algunas mujeres.

P.— ¿Está de acuerdo con las tesis del juez Serrano sobre el mutismo oficial de la violencia de género que sufren los hombres?

R.— Yo he visto mucho hombre maltratado. Y les da mucha vergüenza denunciar a la mujer, por eso traga igual que la mujer ha tragado. Una ley que trata diferente a un hombre y una mujer es una injusticia y una injusticia no vale para arreglar nada. Estas cosas hay que arreglarlas con educación y en casa, porque la mujer es la primera fábrica de machistas. 'Niña, hazle la cama a tu hermano'. Hay que cambiar esos modelos.



CARLOS MÁRQUEZ